

trón decimos aquí – de los muros del palacio o los edificios adyacentes. Miraban y suspiraban a hurtadillas, asaltadas por inesperados recuerdos, ora balbucientes y confusos, ora nítidos e inmaculados, que acudían en tropel a llenar esos momentos de vacío, interrumpidos solamente por las incisivas campanadas del reloj de la iglesia.

Entonces las conversaciones entre ellas se hacían más escasas, como si el tiempo las adormeciese y quisieran seguir soñando su pasado entre recuerdos salpicados de aromas. Conversaciones restringidas a apenas unas frases, contados vocablos o forzados monosílabos entre la complicidad de los gestos, un modo apacible de entenderse sin apenas el uso de la palabra. A veces era una simple invocación o petición con voz tenue, como acariciando las palabras.

- ¡Ay, Señor, Señor! – surgía de modo espontáneo la exclamación la tía María en medio de la desidia vespertina con la mente seguramente puesta en pretéritas desgracias.

A lo que la tía Justa, aunque tal vez con ganas de repetir el ruego, replicaba con un profundo y solemne suspiro - música sin letra -, no fuera la competencia a tildarla de plagia-dora y falta de recursos dialécticos.

A veces los temas o exposiciones eran de mayor calado y giraban en torno a las pautas y patrones de comportamiento.

- ¡Mira, qué bonito, lo que han hecho los muy gamberros! Han volcao to'1 refresco en el poyete de la Cruz pa que no se pueda sentar nadie. Eso es lo que les enseñan sus padres.

Pero los comentarios más reiterados eran los referidos a cuestiones sobre el estado meteorológico y sus imprevisibles cambios.

- Parece que empieza a notarse fresquito. Vamos a tener que recogerlos.

- Sí que se siente, sí. A ver si viene ya este hombre pa' que me ayude con to'esto.

Aunque lo que más hacían era observar y observar. Contemplaban con unos ojos cansados, amodorrados, que escondían en su mirada el reflejo de toda una época de carencias y sueños difuminados, intercalando imágenes de la Plaza del presente y de la de antaño. Espejos en los que les costaba reconocerse. La Plaza, que en otros tiempos fue mercado de trabajo en cada amanecer, lugar a donde los jornaleros acudían, esperando ser ajustados para cualquier faena por los encargados de los dueños de tierras o algún encargado de obra. La Plaza, foro de la villa en los días festivos y los cá-



lidos atardeceres, después de las largas jornadas de trabajo; principal estación de penitencia durante las procesiones; pista improvisada de baile en las noches de las Fiestas del Cristo; tribuna transitoria de charlatanes y embaucadores, que con su particular desparpajo y verborrea proclamaban las virtudes de sus mercancías; protagonista paciente de antiguos y modernos sucesos y cambios políticos y testigo mudo de momentos de desbordante alegría y de triste memoria... La Plaza, que había engullido tantos años de sus vidas, que compartía con ellas tantos secretos a medio desvelar, tantos susurros y tantos silencios precintados, y de la que salieron, sin apenas hacer ruido, envueltas en la niebla del olvido.

Un día, de repente, agotada la juventud, y tras hacer minucioso inventario de su recorrido, uno se percató de que a lo largo de ese trayecto fueron cambiando sus apetencias y aspiraciones a medida que tomaba caminos por los que se fue haciendo mayor. Un día nos damos cuenta de que muchos de los elementos que habían formado parte del decorado que compartimos fueron arrastrados por el viento que anula la existencia. Tal vez entonces, acosados por una sensación de desamparo, de orfandad y extravío, como si hubiéramos hipotecado un futuro incierto, nos encontramos ante una gran encrucijada. Y recurrimos a la memoria en busca de amparo. La memoria es un extenso páramo, un desierto, en ocasiones hostil, en la que podemos encontrar un refugio acogedor o un verde oasis en el que reconfortarnos del incesante acoso de nuestros propios fantasmas. Y para liberarnos de ellos, al menos durante unos escasos momentos, nos esforzamos por vislumbrar en la lejanía nuestra infancia perdida, la placentera parcela de la vida en la que no cabía pensar en el porvenir, un manojo de recuerdos comunes, que por el simple hecho de ser pasado, siempre nos parecen más felices. Una infancia a la que le dieron sentido cosas que parecían haberse esfumado sin dejar huella alguna en la mente, cosas en apariencia sin importancia, como podrían ser el regreso de una canción olvidada, un paisaje por el que anduvimos, unos juegos postergados...o la imagen de unas modestas vendedoras de golosinas de la Plaza Mayor.

*Varsovia, febrero de 2010*

